

# “El uno y los ceros”: Un cuento satírico en el país de la aritmética

José M. Núñez Espallargas

En nuestro país no abundan las obras de ficción que emplean elementos matemáticos para caricaturizar o ironizar sobre aspectos de la sociedad. No ocurre lo mismo en los países anglosajones donde se han producido importantes obras en este sentido, popularizadas por figuras como Ch. L. Dodgson, más conocido por su pseudónimo de Lewis Carroll, o E. A. Abbott, el autor de “Flatland”.

Es cierto que entre los creadores de literatura infantil podemos encontrar algunos que nos introducen en “mundos matemáticos”, pero su intención no suele ir más allá del mero recurso didáctico para hacer las matemáticas más atrayentes al pequeño lector. Así, por ejemplo, en Iberoamérica es bien conocida “A aritmética de Emilia” del brasileño Monteiro Lobato y, en nuestras latitudes, “Cifralia o La ciudad de los números” de Francisco Bernardo Cancho.

Por ello nos parece interesante rescatar un breve cuento publicado hace casi un siglo en una revista de ámbito muy reducido y escrito por un autor, entonces bastante popular, pero hoy ya totalmente olvidado.

Se trata del cuento “El uno y los ceros” publicado a finales de 1898. Su autor, Ramiro Blanco, nació en Gijón en 1857, estudió la carrera de medicina en Barcelona



y en Madrid, aunque se dedicó enteramente al periodismo, dirigiendo la “Revista Artística y Literaria” y colaborando en gran número de revistas españolas y americanas. Escribió varias novelas, obras de teatro y cuentos, también algunos estudios históricos y libros de divulgación científica.

El cuento “El uno y los ceros” no tiene grandes pretensiones literarias, su objetivo es el de ironizar sobre un aspecto de la sociedad española divirtiéndolo al lector con un planteamiento que ofrece indudable originalidad al describir un país poblado por números donde se combinan las relaciones de carácter humano con las de carácter aritmético. A través de un relato en el que se incluyen ingeniosos juegos de palabras y expresiones de

doble sentido se acomete una dura crítica de la actividad parlamentaria del momento, que a pesar de estar indudablemente condicionada por los acontecimientos que culminaron en la pérdida de las últimas colonias españolas, su lectura no resulta anacrónica para un lector actual.

El relato que comentamos apareció en “La Defensa del Magisterio”, una revista que había visto la luz en Barcelona en 1896 y que semanalmente mantenía informados a los maestros de Cataluña sobre las cuestiones legislativas que les afectaban. Si bien este tema constituía el núcleo esencial de cada número, la revista contaba con otras secciones dedicadas a la

*Continúa en la pág. 42*

## Referencias Bibliográficas

- ROBERT CLASER, "Variables en el aprendizaje por descubrimiento" del libro de SHULMAN-KEISLAR, "Aprendizaje por descubrimiento", 1974. Trillas.  
—DISEÑO CURRICULAR BASE, 1989, M.E.C.  
—INFORME COCKCROFT, 1985, "Las matemáticas si cuentan" M.E.C.

- ROBERT M. GAGNE, "Diversas especies de aprendizaje, y el concepto de descubrimiento", del libro de SHULMAN-KEISLAR, "Aprendizaje por descubrimiento", 1974. Trillas.  
—Ministère de l'Education Nationale, 1985, COLLEGES Programmes et Instructions. Publications de CNDP.

Viene de la pág. 28

exposición de los últimos descubrimientos científicos, al comentario de recursos pedagógicos y a la creación literaria, sección ésta donde se incluyó "El uno y los ceros".

A continuación reproducimos el cuento tal como apareció publicado.

### El uno y los ceros

Cuento.

La Aritmética es, como todos saben, una de las islas que pertenecen al archipiélago llamado de las Matemáticas.

Aquel pueblo se compone de números enteros, quebrados y mixtos, así como en España hay hombres de talento, importantes y medianías.

No es la Aritmética un país seductor por lo civilizado, fuerza es decirlo... El bello ideal de aquellos insulares consiste en extraer al prójimo la raíz cuadrada, siempre multiplicar para sí y dividir para los demás.

Con lo dicho basta para que el lector no se sorprenda al saber que el monarca absoluto y tiránico de aquel curiosísimo país es el último vástago de la muy ilustre, augusta e inmortal dinastía El Tanto por ciento.

La historia política de la Aritmética está llena de interesantes

episodios; pero ninguno tanto como el que voy a referir.

Los ceros, ciudadanos de la más ínfima clase, eran poco menos que esclavos de los personajes que figuraban al frente del Gobierno, tales como el 145.000 y el 63.804, Presidente del Consejo y Ministro de Hacienda respectivamente, números que siempre salían en todos los sorteos de la Lotería nacional.

A los desventurados ceros se les hacía pagar toda clase de impuestos y contribuciones directas e indirectas; se les obligaba a llevar siempre a cuestras un legajo de documentos justificativos de su insignificante personalidad; a ellos se les hacía sufrir todo el peso de la ley por un quitame allá esas pajas; no podían tomar asiento en las Cámaras populares ni defenderse por medio de la prensa, ni reunirse en comité pequeño ni grande, para tratar sus menguados intereses.

Los unos pertenecían a la clase media, y aun muchos de ellos procuraron demostrar, mostrando al efecto frondosísimos árboles genealógicos, que descendían por línea recta de los hunos, nombre de un pueblo bárbaro y conquistador que al degenerar y venir a menos había perdido una hache, letra a la verdad bien poco reso-

nante que no pudo jamás competir con una de cambio, únicas que allí figuraban.

Pero, ¿qué queréis? Cada cual se da importancia con lo que puede, y en último resultado, la manía de los pergaminos es la más inocente manía de cuantas se conocen.

Los unos, sin embargo, podían aspirar a ser diputados a Cortes, y muchos de ellos lograban escalar un elevado puesto oficial.

Sucedió en cierta época que los ceros, hartos ya de tantas injusticias y arbitrariedades, reuniéronse un día a la chita callando, y después de breve, si bien acalorada discusión, determinaron sublevarse contra los poderes constituidos apelando al recurso de la fuerza.

-¡Pido la palabra!- gritó una voz del centro más nutrido de las masas.

Era un uno que se había introducido furtivamente en aquel secreto club revolucionario.

-¡Qué hable!- exclamaron varios ceros.

-¡Ciudadanos!- comenzó diciendo el orador, -evitemos la efusión de sangre; subamos legalmente al poder amparándonos de la justicia y no elevemos nuestros innovadores proyectos de la ley en las puntas de las espadas. Los gobiernos que se imponen a la opinión pública a cañonazos, jamás logra-

Continúa en la pág. 46